

Cristóbal de Castro
BLASCO IBÁÑEZ, O EL ESPAÑOL UNIVERSAL
(*Blanco y Negro*, 22-9-1929, pp. 40-41)

El hombre y la obra.

Robusto, sanguíneo, exuberante, como un rajá de las letras, tenía el aparato y la facundia de los caudillos levantinos; mas también su efusión cordial, su temeraria intrepidez.

Su obra refleja exactamente estas calidades, sin medida ni continencia; y así es torrencial, desbordante, llena de pasión y vigor, espectacular, como él mismo. Y, como él mismo, popular, multitudinaria, hija del numen democrático, vistosa, policroma, barroca, deslumbrante de panoramas, recargada de manoteos y visajes.

Obra de luchador, de tribuno, de hombre de la calle, de poeta civil filiado en Víctor Hugo y Zola, apunta todos los problemas, todas las ansiedades del *demos*; desde la libertad de pensamiento a la angustia económica, desde el latifundio a la conciencia.

Esa identidad entre obra y vida, entre idea y acción es lo que determina su triunfo. Porque jamás el desaliento entibia su labor férvida. Jamás flaquea. Jamás duda. Aguerrido por la política y el periodismo, lleva en la masa de la sangre la polémica. Su sed de viajes, sus gestas de colonizador, sus conferencias, sus discursos, sus duelos a muerte, dan a esta vida contemporánea proporciones antiguas. Más que un hombre de la Regencia, comentado por Morayta o Polo Peyrolón, Blasco Ibáñez parece un hombre de la Conquista, visto por Oviedo o Solís.

Veinte años después.

En ello no hay hipérbole, sino conocimiento detallado de su vida y atento examen de su obra, como se verá.

Su infancia es un continuo ajetrear, entre la escasez y el trabajo. Su juventud, una quimera entre el revólver y la cárcel. Su virilidad, una estupenda épica, entre las elecciones (batallas campales), el Parlamento (escándalo diario y desafío semanal), la emigración (aventuras y motines)... Su madurez, una increíble anécdota de escritor sin riqueza ni celebridad, trocado en millonario y famoso en el mundo entero...

¿Qué novela iguala esta realidad pasmosa? Del Blasco, en mangas de camisa, dictando “fondos” en la redacción de *El Pueblo* valenciano, con una carabina entre las piernas, al Blasco enlevitado y mundanal que, en París, ante la intelectualidad más selecta, asume la representación de los escritores extranjeros, cantando, en Víctor Hugo, al Demiurgo de la Libertad, apenas transcurren veinte años.

Veinte años personalísimos, autóctonos, de hombre solo, trabajador aislado, obrero individual e individualista. Veinte años sin partido, sin periódico, sin correligionarios, sin tertulia, con el solo y fecundo esfuerzo de su pluma. Veinte años, de España torera y futbolística, donde el escritor, lejos de ser, como en todo el mundo civilizado, algo esencial y directivo, es algo adjetivo e inerte...

Viajero y tribuno.

A poco de llegar a Madrid, con las resonancias de *El Pueblo*, de Valencia, Blasco abre su colaboración de crónicas literarias y cuentos patéticos. Poco después, en un paréntesis de aventura, se larga, de un golpe, a Turquía.

Las impresiones de este viaje forman el libro *Oriente*, primero de una serie varia y rica, y en donde apuntan ya las ambiciones del periplo. Blasco es el escritor español que ha recorrido más países e intentado en ellos más empresas. Va a la Argentina con propósito de colonizar territorio, funda allá dos colonias: Valencia y Cervantes. (Siempre las ofrendas a España.)

Pasa de la Argentina al Paraguay, al Uruguay, a Chile... Visita Méjico. Se alarga a los Estados Unidos...

Conoce, pues, no por ráfagas de turista, sino en la permanencia encantador a del escritor, la América del Sur y la del Norte. Sus libros sobre la Argentina y Méjico, sus crónicas en los diarios yanquis recogen estos panoramas en páginas de un colorido fastuoso. Cuando de América torna a Europa, afinca en Menton. Ya conoce Francia, Italia, la Europa central, los Balcanes. ¿Qué le queda? El viaje alrededor del mundo... Y en un paquebote de millonarios emprende su envidiable periplo, cuyos tres amenísimos volúmenes han solazado, en español, a todas las naciones del habla, y en inglés al resto del orbe...

Pero su exuberancia intelectual nos lo ofrece, además, como tribuno. Tiene el *phisque du vole*. Membrudo, arrogante y audaz, es, como Danton, epicúreo, teatralista y enfático. Su palabra, ardiente y sonora, servida por modales enérgicos, arrebatada al pueblo. Es conductor de muchedumbres que le siguen, ciegas y bravas, a las casillas de consumos, al puerto, a la estación... Cuando sus luchas con Soriano convierten a Valencia en otro Campo de Agramante, Blasco pronuncia dos y tres arengas diarias. Cuando se traslada a Madrid para combatir el proyecto de Maura sobre terrorismo, habla al pueblo entre los caballos de la policía... Su intrepidez, como su palabra, se desborda. Es un tribuno de la plebe temerario, con todas sus consecuencias...

Conferenciante y patriota.

De pronto marcha a la Argentina. Allí alterna, como conferenciante, nada menos que con Anatole France. ¿Cómo pasa del fuego al frío, del ágora a la academia, del vocabulario populachero al pulido? Aferrando el talento con la voluntad. Pasándose las noches en claro y los días en turbio. Atiborrándose de libros, tomando notas, ensayándose ante el espejo, para corregir ademanes... Llamando a sí, desesperadamente, el orgullo de raza y patria... Él ¿no era escritor también? Sobre todo, ¿no era español? ¡Entonces...!

Cuando me lo contaba, gesticulador, manoteador, gritador, con su perfil de Numa Roumertan, entre teatral y pueril, me abandonó el sentido crítico. Y, contaminado yo mismo, lo abracé...

Porque todo podrá negársele, menos su patriotismo férvido, encendido, permanente. En sus libros, como en su vida, España no es el fugaz vocablo de un clamor, sino la constancia de un sentimiento. Y su vida, como su obra, va ensanchándose al amor patrio como un río que toma agua; desde la emoción regional de *Cuentos valencianos* y *La barraca* a la nacional de *La catedral* y *La bodega*, hasta

desembocar, ya en plena madurez y en plena celebridad mundial, en las reivindicaciones apoteósicas del Papa Luna y de los Borgias.

Y gracias a Blasco Ibáñez, cronista, cuentista, novelista español se ha despertado en estos últimos diez años el interés por lo español en las calles, en los hogares, en las bibliotecas, en los teatros, en los cines del mundo entero. No con las bajas formas, truculentas o grotescas, del crimen pasional o de la españolada taurina, sino con las nobles y blasonadas de un arte opulento, barroco, robusto, como ha recordado hace unos días Henry Barbusse al comparar a Blasco Ibáñez con Balzac y Zola.

Más que un devoto, era un fanático pregonero de nuestras virtudes y aun de nuestros vicios, que él trocaba en virtudes, como Tartarín las garzas en águilas...